



REVISTA DE PRENSA

Cela esencial: a un año de su muerte

Juan Manuel de Prada

Ha transcurrido un año desde la muerte de Camilo José Cela y aún colea los dictérios que lastimaron sus postrimerías. Es ley literaria ineluctable que los escritores que disfrutaron en vida de la gloria -ese paisaje comúnmente póstumo- padezcan una estancia más o menos duradera en el purgatorio; y, tratándose de Cela, no debe sorprendernos que esta ley se aplique con severísimo rigor, pues su gloria se prolongó durante décadas, que es trecho de tiempo bastante para que los rencores se enquisten y las iniquas fermenten, hasta adquirir la concentración del betún. Pero pasarán los días y los hombres, como sus pasiones más enconadas y mezquinas; pasará, incluso, la memoria que guardamos de aquel personaje que Cela sacaba del armario, cada vez que necesitaba enmascarar -por pudor, por desdén, por arrogancia, quién sabe- su humanidad recóndita; y, a la postre, quedarán sus libros, venturosamente solos, para que los lectores los enjuiciaran desgajados del hombre que los procreó. Entonces, en esa definitiva purga del corazón que el escritor entabla con quienes se aproximan a él sin las anteojeras del prejuicio, su literatura seguirá ganando batallas.

Aquí nos interesa sólo la obra de Cela, no sus epifanías de estruendo. Una obra angustiosamente trágica, lírica y bronca como las criaturas que la pueblan. Lo primero que pasma y suspende en Cela es que, siendo un escritor con voluntad de ruptura, quisiera sin embargo alimentar sus ideaciones en los manantiales de la tradición, cuya agua supo enturbiar y purificar, interpretar y subvertir, mediante la imposición de un universo -casi una cosmogonía- que se sumerge en las honduras del alma humana, para explicar sus atavismos menos inteligibles. Cela, al igual que los más feroces renovadores de nuestra tradición artística, alcanzó la más exigente originalidad buceando en los orígenes. Como ocurre con Quevedo, con Buñuel, su obra admite una filiación fácilmente reconocible; pero, sobre ese sustrato, supo edificar un mundo distintivo, exasperado por la irracionalidad, trémulo de alucinaciones, habitado por personajes que esconden bajo su corteza áspera el secreto aliento de

un pájaro aterido.

Así, poco importa que, por ejemplo, en *La familia de Pascual Duarte* atisbemos reminiscencias de López Pinillos o Felipe Trigo. O que la estructura de *La colmena* evoque la del *Manhattan* transfer de John Dos Passos. O que en sus portentosos libros de viajes apunte el magisterio huido de Pla. Cela engulle estas honrosas influencias -a veces nítidas, a veces un tanto más discutibles o espectrales- y las reverdece con una savia nueva, de tal modo que los esquejes trasplantados al árbol que los cobija adquieren de inmediato la música de su fronda. Ningún otro escritor del ámbito hispánico ha logrado como Cela penetrar en esos pasadizos irracionales donde la naturaleza humana se embriaga con las letanías de la sangre. Ninguno ha logrado -como nos recuerda Pere Gimferrer- penetrar el enigma de la identidad humana y las huidizas relaciones entre impulso sexual e impulso criminal; ninguno ha logrado recrear de manera tan vívida esa catarsis derivada del horror que caracterizaba la tragedia clásica. Y pocos, muy pocos, han conseguido mostrar con tan escueta verdad la esencia conmovedora de sus criaturas -pienso, por ejemplo, en los tipos que deambulan por sus "apuntes carpetovetónicos"-, que siempre comparecen liberadas de afeites, adelgazadas hasta la pura médula del dolor.

Se ha dicho con cierta frecuencia que en Cela hay demasiado regodeo en la crueldad. Nada menos verdadero. Es cierto que, cuando moja su pluma en la tinta del esperpento, la escritura de Cela alcanza cúspides de impávida inmisericordia; es cierto que en la sátira es tan acre como Larra, como el más sulfúrico Quevedo. Pero, junto al ramalazo cruel, convive en la escritura de Cela un fondo de caridad, una introspección compasiva en las úlceras y tormentos que afligen a sus criaturas. Toda la obra de Cela se explica mediante la tensión entre crueldad y piedad, o, si se prefiere, entre un sombrío escepticismo y un ansia de redención. Recordemos, por ejemplo, el hormiguero de personajes que putulan por *La Colmena*, mendigos insomnes de un mendrugo de piedad y unas lonchas de amor.

Infrafractor recalcitrante de los géneros, vándalo de todos los corsés formales, Cela fue ante todo poeta. En su gusto por las estructuras anafóricas, en su elaboración

salmódica del lenguaje, en el hábil recurso del contrapunto sobre el que se cimientan algunas de sus piezas más cuajadas, en su capacidad para representar el caos del mundo y, a la vez, su belleza proteica y desgarrada -pienso en *San Camilo, 1936*, en *Oficio de tinieblas 5*, en *Mazurca para dos muertos*, en *Madera de boj*, quizá la porción más incomprendida de su obra-, alienta siempre el rescoldo de una poesía, clandestina y funeral como la guarida de una alimaña, que enumera la genealogía del odio, ese indescribable magma de víboras que anida dentro de nosotros, dispuesto a resucitar siempre. Sin ese entendimiento de Cela como un poeta que escudriña la realidad y la transfigura en un aquarelle no creo que podamos entender por completo su imponente estatura de clásico.

Y al autor pasmoso se agregaba el apóstol abnegado de la literatura. Suele olvidarse que Cela fue el fundador de la editorial Alfaguara, manantial desde el que saltaron a la palestra muchos noveles de la época. Suele olvidarse también que la revista *Papeles de Son Armadans* inició el rescate del exilio. Suele olvidarse que escritores tan imprescindibles y excéntricos del canon oficial como Gutiérrez Solana o Silverio Lanza hoy pastarían la incuria si Cela, mercedario de tantas heterodoxias, no los hubiese rescatado. Suele olvidarse que, durante décadas -desde su temprana consagración hasta su acabamiento-, Cela se entregó a causas ruinosas desde el punto de vista económico, pero muy fecundas para la salud intelectual del país, embaucando a mecenas reticentes y venciendo las restricciones ambientales. Conviene recordarlo, porque podría ocurrir que prosperase ese infundio propagado por sus más enconados detractores, según el cual Cela habría sido un mero ególatra, entregado a la adoración de su propio ombligo.

Dejemos ya de suplantarlo lo fundamental por lo accesorio; dejemos de chapotear en el barro de nuestras flaquezas y volvamos la vista a la obra de Camilo José Cela. Íntima y recién estrenada nos aguarda, dispuesta a confiarnos su misterio. (ABC)



Cela esencial: a un año de su muerte [artículo] Juan Manuel de la Prada.

Libros y documentos

AUTORÍA

Prada, Juan Manuel de la

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cela esencial: a un año de su muerte [artículo] Juan Manuel de la Prada. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile